

murallas. El cuerpo entero de Bagowouth acudió al socorro de Doctorow, que se veía en el último apuro. El príncipe Eugenio de Wurtemberg, con una division de granaderos, procuró disputar á Davoust la puerta de Nicolskoï contra los Polacos victoriosos. A las seis de la tarde, el cañon estaba batiendo las murallas de la ciudad. Los obuses echaron á los Rusos de las obras avanzadas; al mismo tiempo, las baterías dispuestas por el general Sorbier imposibilitaron á los enemigos la ocupacion de todos los caminos cubiertos. Se preparó el asalto, y para hacer decisiva esta terrible resolucion, y con el fin de encerrar la guarnicion en un recinto de fuegos, nos acercamos á la plaza por el lado del Dnieper y nuestra artillería fue dirigida sobre los puentes. Smolensk, que ya no podia dejar de caer en nuestras manos, iba á entregarnos los restos formidables de sus cuarenta mil defensores, pero Barclay los llamó, valiéndose de la noche. Entramos en Smolensk enmedio de las llamas. Esta jornada, en que cien mil hombres pelearon por ambas partes, comprobó nuestra superioridad sobre un enemigo protegido por sus fortificaciones, por un gran rio y por todas

las ventajas de una posicion formidable, causó á los Rusos una pérdida inmensa, y nos costó tambien muy caro. La relacion de una accion tan encarnizada, cuyo único resultado fue una ciudad hecha cenizas, produjo en Francia una sensacion dolorosa como el boletin de la batalla de Eylau. Pero, en tomando posesion de su conquista, el soldado frances, á pesar del horrendo espectáculo que se ofrecia á sus ojos, andaba orgulloso al ruido de una música guerrera, y solo pensaba en la gloria. Algunos gefes solamente empezaban á hacer algunas reflexiones penosas y mezcladas de un cierto desaliento. Napoleon se mantenía impertérrito, pero no inaccesible á la piedad; sus cuidados y sus órdenes salvaron todo cuanto pudo salvarse, tanto de hombres como de efectos, en aquel desastre. Era á la vez la providencia de los vencedores y de los vencidos. Entretanto, hizo perseguir á Barclay de Tolly por el príncipe de Ekmühl y por la caballería del rey de Nápoles, y mandó al duque de Abrantes situarse detras del enemigo, mas allá de los desfiladeros de Volontino. Si esta maniobra se hubiese ejecutado con acierto, acaso el ejército ruso hubiese depuesto las ar-

caballo al rayar el alba. Por la mañana recibió dos correos; el uno, M. de Beausset, le trajo cartas de la Emperatriz con el retrato del rey de Roma; Napoleon se entregó por algunos instantes á los sentimientos de padre. El segundo correo, el coronel Fabvier, le anunció la pérdida de la batalla de los Arapiles por el mariscal duque de Ragusa, tan fatal á nuestras armas. Este delito militar indignó á Napoleon; pero no le desanimó; al contrario, cobró nuevas fuerzas para la victoria que iba á conseguir. Siguió reconociendo los puestos y pasó el resto del día haciendo los últimos preparativos. El día siguiente 7, Napoleon salió de su tienda, se dejó ver á sus oficiales y les dijo: «Hace un hermoso día, este es el sol de Austerlitz.» En seguida montó á caballo y todo el ejército se puso sobre las armas para oír la siguiente proclama, cuyo carácter grave, enérgico y sencillo, contrastaba con las brillantes proclamas del ejército de Italia.

«SOLDADOS!

«He aquí la batalla que tanto deseabais. La victoria está en vuestras manos; la necesitamos para proporcionarnos la abundancia,

» buenos acantonamientos y una pronta vuelta á la patria. Portaos como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y la posteridad la mas remota citará con orgullo vuestra conducta en esta jornada. Se dirá de vosotros: Se hallaba en esa gran batalla en las llanuras de Moscú!»

En llegando enfrente del reducto tomado la víspera por el general Compans y Desaix, dirigidos por el príncipe de Eckmühl, se atacaron las posiciones de Bagracion. Poniatowski acometió por el camino viejo de Smolensk. Todo salió bien al principio; pero Rapp, Desaix y Compans, habiendo hallado una resistencia terrible, el suceso quedaba incierto, cuando el mariscal Ney, situado casi sobre la línea de ataque, recibió del Emperador la orden de volver á empezar el combate. Entretanto, el virey se apoderó de Borodino y los dos mariscales lograron por fin tomar á viva fuerza los reductos de Bagracion que quedaron en nuestro poder, á pesar de sus esfuerzos para volverlos á tomar. El ala izquierda de los Rusos no tenia ya apoyo, y, durante el movimiento, mandado hacer por Napoleon al príncipe de Eckmühl, Bagracion, viéndose compromete-

tido, llamó á Kutusoff á su socorro, pero éste atacado por el príncipe Eugenio, dueño de Borodino, no pudo impedirnos forzar su grande batería del centro, á pesar de los refuerzos que no cesaba de enviar á la division Paskevith. Entonces Kutusoff dirigió sus masas sobre la derecha. Napoleon, que lo habia previsto, hizo marchar sus reservas con una batería de ochenta cañones. Los Rusos se precipitaron para atacarla; pero los carabineros de Lepaultre y de Chouars, los coraceros de Saint-Germain, los húsares de Pajol y de Bruyeres se abalanzaron por su parte y consiguieron una victoria sangrienta. En fin, el Emperador cuya atencion habia sido llamada un momento hácia el punto donde estaba el príncipe Eugenio por el *houra* de ocho regimientos de Suvoroff y de algunos miles de cosacos de Platoff, se dispuso, segun su costumbre, á romper la línea del enemigo, renovada por la tercera vez. Una artillería inmensa estaba vomitando la muerte por ambas partes, en un espacio de dos leguas. A la derecha, Poniatowski ganaba terreno á pesar de todos los obstáculos. A la izquierda, el príncipe Eugenio dirigia tres divisiones sobre los parapetos del gran reducto;

al centro, el Emperador llegó hasta la posición de Semenowskie; los soldados franceses y rusos impasibles, durante mucho tiempo, debajo de la metralla, se alcanzan por fin unos á otros y empeñan un tercer combate á bayoneta calada, mas terrible que los otros que habian precedido. El ataque y la resistencia presentaban el mismo carácter de encarnizamiento; pero al cabo, gracias á los esfuerzos de Davoust, al heroismo del mariscal Ney, nuestra caballería, mandada por Murat, pudo desplegarse y decidir la accion arrollando el centro de Kutusoff. En aquel momento, Monbrun que peleaba á la cabeza de los coraceros, cayó muerto. Augusto Caulincourt tomó su lugar y penetró por la garganta del gran reducto invadido por el otro lado por el príncipe Eugenio. Se volvió á armar sobre aquel punto un combate terrible que tuvo fin con la muerte de todos los Rusos. Nuestro triunfo quedó completo con la retirada del enemigo, perseguido por la caballería de Grouchy y por los brillantes sucesos de los Polacos de Poniatowski sobre las tropas de Touthkoff y de Baggovouth. Con todo, los restos del ejército ruso se detuvieron sobre el

barranco de Psarewo y se quedaron allí sin que se supiese por qué, espuestos al fuego de nuestras baterías, que hasta la noche les causaron un daño inmenso. Dependia de nosotros exterminar enteramente á los Rusos, pero era preciso valerse de la guardia imperial, y exponer un cuerpo todavía intacto que podia salvar el ejército en un peligro, ó asegurar la victoria en una segunda accion. Una prudencia tan altamente justificada por el resto de la campaña, impidió que Napoleon diese un segundo golpe á Kutusoff.

Esta batalla, que no fue bastante decisiva, nos costó doce á trece mil hombres fuera de combate, y nueve mil muertos. Apenas hubo division que no tuviese que llorar la muerte de uno ó varios de sus gefes. Perdimos los generales Plauzolle, Romeuf, Marion, Bonami, Compere, Huart, Monbrun, Lanabere y Augusto de Caulincourt, y fueron heridos muchísimos oficiales. La pérdida de los Rusos fue de cincuenta mil hombres, entre ellos el príncipe de Bagracion, el general Koutaisoff y los dos generales Touthkoff. Los Franceses se apoderaron de cincuenta cañones y de algunos miles de prisioneros. El mariscal Ney, digno de la

mas magnífica recompensa, fue titulado *príncipe de la Moskowa*. Davoust y el virey, que acaso habian hecho tanto como Ney, no manifestaron envidia; Compans, Gerard, Morand, Caulincourt, Monbrun, Poniatowski y sus Polacos, y los generales de artillería Forestier, Sorbier, Lariboissiere, etc. etc., contribuyeron poderosamente á la victoria.

Kutusoff, despues de haber empezado su retirada hácia el camino de Moscú, por donde se le perseguia con vigor, dejó dudar por su viva resistencia en Mojaïsk, si intentaba empeñar una segunda batalla en la hermosa posicion de Fili, media legua mas acá de Moscú; pero el 14 de septiembre, las tropas del feldmariscal experimentaron el dolor de abandonar todavía esta posicion sin combatir, y de atravesar, en actitud de vencidas, la antigua capital de la Rusia, cuna del imperio. Hubo oficiales y soldados que lloraban de rabia y de desesperacion. La retirada de Smolensk, que se miraba como una cobardía y casi como una traicion, habia llenado de indignacion á todos los corazones rusos; se puede juzgar del efecto que produjo la evacuacion de Moscú, de la ciudad santa, por un ejército que la vís-

pera se decia todavía victorioso, por el vencedor de los Turcos en Roudschouk, por el general, á quien se habia llamado como á un libertador, y que, despues de haber jurado sobre sus canas de defender hasta el último trance la antigua capital de los Czares, la dejaba abandonada al alvedrío de Napoleon. Pero, lo que apenas se puede creer, al momento mismo en que su derrota le obligaba, durante la noche que siguió la batalla, á mandar efectuar la retirada por no verse cortar el dia siguiente el camino de Moscú, y acosar sobre la Moskowa, Kutusoff tuvo el atrevimiento de escribir á los dos generales en jefe de su ejército, que el ejército frances habia sido batido completamente en Borodino. Mandó publicar esta noticia en Moscú y su audacia llegó hasta el punto de escribir á su soberano en este sentido. Dos boletines, redactados en el cuartel general y publicados en San Petersbourg, referian que los Rusos habian conseguido una victoria decisiva, que la guardia imperial habia sido destruida, y mas de cien cañones tomados. El príncipe virey, el príncipe de Ekmühl y el duque de Elchingen con mil prisioneros, habian caido en ma-

nos de los Rusos, y el general Platow perseguia al enemigo con treinta mil Cosacos que habian arrollado á nuestra caballería en la accion general. Estas mentiras, que deshonran para siempre el nombre de Kutusoff, fueron premiadas con las mas brillantes recompensas. Entretanto, la retaguardia rusa apretada por el flanco y por la espalda, por el rey de Nápoles y por el príncipe virey, corria el riesgo de perecer ó de ser cogida en las calles de Moscú; Miloradowitch, para salvarla, propuso una suspension de hostilidades, y notificó que pegaria fuego á la ciudad, si se le estorbaba la retirada. Se le prometió verbalmente dejarle salir. Pero Murat se disponia ya á apoderarse por asalto del Kremlin defendido por algunos miles de miserables excitados por Rostopchin. Desde las alturas del monte Salud, que domina á Moscú, vimos á esa gran ciudad, mitad oriental y mitad europea, con sus ochocientas iglesias, sus mil campanarios y sus cúpulas doradas, en que resplandecian los rayos del sol. Nuestros soldados admirados, como lo fueron sus compañeros al aspecto de Tebas de las cien puertas, exclamaron dando palmadas: Moscú! Moscú! Iban repi-

mas, ó á lo menos hubiera experimentado un daño irremediable.

Barclay de Tolly se retiró primero sobre San Petersbourg; luego mudó de camino y manióbró sobre el camino de Moscú para reunirse á Bagracion. Luego que Napoleon lo supo envió á toda prisa al mariscal Ney que halló al enemigo retirándose despacio y resistiendo á cada altura que encontraba, y á cada paso el número de nuestros contrarios iba creciendo. Napoleon envió refuerzos á su lugar-teniente y al mismo tiempo despachó al general Gourgaud para informarse del estado de las cosas. A las doce de la noche, Gourgaud volvió y dió las noticias siguientes: los refuerzos habian llegado; el mariscal habia dado un combate terrible y glorioso; pero Junot, despues de haber pasado el Dnieper al punto señalado, no quiso obedecer, aunque le instase el rey de Nápoles, y á pesar de las órdenes positivas del Emperador. Con su inacción criminal, preservó á Barclay de Tolly de una ruina total, supuesto que su situacion era desesperada hallándose en un destiladero estrecho y separado de Bagracion y con la salida cerrada por todas partes por la prevision de Napoleon. Amigos

y enemigos, todos conocieron que Barclay de Tolly estaba perdido á no ser por la inconcebible desobediencia de Junot, que en la antigua Roma la hubiera pagado con su cabeza; pero Napoleon le perdonó, acordándose, sin duda, del sargento de la Costa de Oro, su intrépido secretario, y de los muchos servicios del oficial que le salvó la vida en Egypto. A pesar del sentimiento que tuvo del resultado incompleto de la victoria de Volontino, se mantuvo sereno para distribuir magníficas recompensas á sus soldados en una ceremonia cuyo teatro era un campo cubierto de destrozos sangrientos, y en donde el entusiasmo de la gloria, excitado al grado mas alto por su presencia y por sus palabras, borraba las imágenes de la muerte esparcidas por todas partes.

En Smolensk, la falta del duque de Abrantes y sus consecuencias funestas; la salvacion milagrosa del ejército ruso; la fatalidad que, en su ausencia, desconcertaba las operaciones mas bien combinadas y las mas decisivas, la batalla general que se iba alejando siempre; la flojedad del príncipe de Schwrtzemberg en sostener al general Reynier victorioso, en Chorodezna, de Tormasow amendretado por la

llegada del duque de Belluno sobre el Vistula, en Volhinia; el reves inesperado de sesenta mil hombres confiados al duque de Reggio, contra Wittgenstein, mas débil que nosotros; tales eran las ideas que perseguian á Napoleon al volver de Volontino. Estaba meditando profundamente, y casi con disgusto, titubeando entre si habia de seguir adelante ó quedarse en Smolensk. Pero, derepente, el general Gouvion San Cyr remedió las faltas ó la desgracia del duque de Reggio en Polostk, y mereció el baston de mariscal que obtuvo. Las noticias del rey de Nápoles, del príncipe de Ekmühl, del general Grouchy eran favorables; los Rusos consternados se refugiaron á toda prisa, abandonando sus heridos. El ejército frances se dispuso á ir adelante á pesar de las murmuraciones de la debilidad, del desaliento y de las alarmas de un cierto número de hombres que en los combates eran todo fuego, y que temblaban de arrostrar de antemano los peligros y los obstáculos que acometieron despues con valor. Napoleon, habiendo tenido nuevos informes, puso en movimiento el ejército del virey y salió de Smolensk. Discurrió que una batalla se habia hecho

forzosa por parte de los enemigos para calmar y asegurar á la Rusia, indignada y consternada con la toma de Smolensk.

El 29 de agosto llegamos á Wiasma cuya poblacion estaba huyendo despues de haber pegado fuego á la ciudad; con todo, se logró salvar mas de la mitad del pueblo con muchas provisiones. Allí supimos que Barclay de Tolly, temiendo que llegase su sucesor el feld-mariscal Kutusoff, que acababa de tomar el mando, queria elegir otra posicion, y preparaba todo para combatirnos en el pueblo de Borodino á dos pequeñas jornadas de Ghjath, donde Napoleon se detuvo los primeros dias de septiembre. El 5, el ejército frances descubrió, á las dos, á todo el ejército ruso formado en batalla. El reducto importante de Schwardina, defendido con encarnizamiento por Bagracion en persona contra la division del general Compans, cayó en nuestro poder con toda la artillería que le cubria. Este lance fue el presagio de nuestro triunfo. Durante la noche, nuestras tropas desplegándose sucesivamente acabaron de ocupar sus puestos respectivos. El Emperador habiendo descansado algunas horas debajo de su tienda, montó á